

LA DUDA.

Ante el inminente y definitivo compromiso de la celebración de la boda, se suceden en lo más profundo y secreto de una mujer, a punto de desposar, pensamientos y emociones inconfesables, que si bien no son patrimonio del mundo femenino, si alcanzan en ella su máxima expresión y más desgarradora. Su desventaja social y económica a lo largo de la historia frente al varón, en diferentes culturas y sociedades, la privaron y, aún hoy día, la privan de la primera y más esencial de las libertades: la libertad interna, dando un valor añadido a la secuencia de estos íntimos instantes que he intentado plasmar en este cuadro. La visión de algunos acontecimientos que se sucedieron a lo largo de mi vida, junto con el impacto que causó en mí, aún siendo muy niña, la lectura de la obra del poeta y dramaturgo granadino, universalmente conocido, Federico García Lorca, trágicamente desaparecido en los comienzos de la Guerra Civil española, me condujeron a la concepción de esta obra.

Es en los personajes sureños de Lorca que percibo una España profunda llevada hasta sus últimas consecuencias. Del personaje de la Novia de su obra teatral Bodas de Sangre extraje los detalles para recrear la intimidad de estos momentos.

La figura del cuadro, sin embargo, no aparece enclavada en el escenario lorquiano de una cueva granadina como describe el poeta, sino en el dormitorio de una casa principal andaluza situada en la calle Santa Ana, en el sevillano barrio de San Lorenzo, en el cual crecí. Este edificio, como tantos otros repartidos, no sólo por mi ciudad, sino por toda Andalucía, responde a un *modus vivendis* de determinadas familias de destacada posición social y económica, lo que me hizo pensar que éste era el lugar apropiado para desarrollar mi idea, además de los lazos de estrecha amistad que me unieron a los habitantes de esta casa y que jalonaron mi vida de entrañables recuerdos, recuerdos que aún me invaden de una enorme y profunda nostalgia.

Aquellos muros, ya inexistentes, fueron mudos testigos de la historia de varias generaciones y hasta de la mía propia. Hoy, un estremecedor solar lleno de escombros se atisba entre las rendijas de las tapias levantadas en los que fueron magníficos y señoriales ventanales y balcones que asomaron esencias, que aún perviven en mi memoria, de un tiempo que ya se fue.

Desde estas palabras mi más emocionado recuerdo y agradecimiento a Dña. Justina Lloset Torres, ya desaparecida, por su colaboración para la realización de este trabajo, pues no sólo me prestó su casa, sino que me facilitó las enaguas con que vestir a la modelo, un recuerdo familiar para ella de enorme valor. Gracias por la fe y el cariño que pusiste en mi proyecto.

A la entrañable Dña. M^a de los Reyes Olalla, que buscó en sus baúles el traje negro de novia 1900 que precisaba para el attrezzo y que, desgraciadamente, tampoco está ya entre nosotros.

A los Hnos. Barreto que tejieron para mí la corona de azahar de forma tan magistral y a contrarreloj, haciendo de los ramajes que les llevé recién cortados una obra de arte. Gracias por vuestra generosidad y buen hacer.

Ahora me sonrío cuando me recuerdo en aquel día, escalera en mano, lloviendo a mares, podando los naranjos de las calles para conseguir el ansiado y efímero azahar que llevaba esperando meses y que la lluvia estaba a punto de arruinar.

A Rosa Vives, que aceptó ser la modelo y posar para mí desde la dulzura de su corazón y la sensibilidad artística que nos hermana.

Y por último a M^a del Carmen Gutiérrez Llamas, mi madre, de quien me siento máxima acreedora de cuanto tengo y cuanto soy.

Mi sensibilidad para con todas las mujeres que han sido, son y serán novias, con las que deseándolo, no alcanzaron a culminar su sueño y sobre todo con aquellas que habiendo dado el paso de convertirse en amantes compañeras o esposas, sufrieron y sufren el desengaño y la crueldad, costándoles incluso a muchas de ellas hasta la propia vida, a quienes dedico de todo corazón el significado de esta obra.